

# bienvenidos a bordo

“La historia real de un tripulante de cruceros”

Llevaba cinco años en un trabajo que estaba acabando con mi paciencia y necesitaba urgentemente un cambio, pero no sabía hacia donde tirar. Hasta que un buen día tuve una especie de revelación; supe que quería trabajar en un trasatlántico porque era uno de esos pocos trabajos que combinaba acción, viajes, relación con gente y glamour.

Reconozco que “Vacaciones en el mar” tuvo mucho que ver en la toma de decisión. Investigué cuales eran las mejores compañías de cruceros y envié decenas de curriculums. Supongo que la gran mayoría de ellos fueron directamente a la basura (que es donde deberían haber ido a parar todos). Pero un buen día recibí una respuesta vía mail del jefe de una de las compañías más importantes del sector, diciéndome que estaba interesado en mi perfil y que quería conocerme. En los intercambios de mails y conversaciones telefónicas que tuvimos después, me comentó que por mi perfil,

mis estudios y carácter, tenía planes ambiciosos para mí. Me iba a hacer jefe del Servicio de Atención al Pasajero (o Guest Relations Manager, que siempre suena mejor en inglés), aunque antes debía conocer a fondo el funcionamiento trabajando por un breve periodo de tiempo como recepcionista. Y para que mentir, a mí lo de Manager me gustó. Y mucho. Al poco tiempo y por orden suya, me contactó una reclutadora del departamento de Recursos Humanos para entrevistarme. Tuvimos varias charlas telefónicas pero como la tecnología me fue hostil y no pudimos cerrar una última entrevista por web cam, tuve que volar a Lisboa donde había convocado al resto de candidatas del sur de Europa para otros puestos a bordo de ese barco. La jornada en Portugal consistió en soportar cinco largas horas esperando mi turno junto con otras cien personas, todas aguardando con cara de agonía a que nos llamaran para pasar al despacho a hacer la entrevista. Cuando por fin llegó mi turno, como venía enchufado, la cosa salió estupendamente. Hasta tal punto fue bien, que cogimos nuestra confianza y al acabar, aquella robusta americana se me



acercó y me preguntó con tono muy maternal si estaba seguro de lo que iba a hacer. Y aunque le respondí con orgullo marinero que estaba convencido de mi decisión, no pude evitar quedarme con la mosca detrás de la oreja por su comentario. Pero a pesar de eso, preferí centrarme en que ya estaba dentro y a un tris de empezar una nueva vida. Mes y medio después, el 10 de marzo de 2003, volaba a EEUU con toda la ilusión del mundo para incorporarme a mi nuevo trabajo. Aterricé en San Diego, me alojé en un hotel estupendo y arrasé con el buffet libre de la cena para dejar bien

alto el pabellón español, tras lo cual me fui a dormir temprano porque al día siguiente empezaba la primera jornada a bordo. Aquella mañana de mi bautismo como tripulante, cuando entré por primera vez, aluciné con las dimensiones del barco y con lo que había dentro. Eran doscientos noventa y cinco metros de eslora distribuidos en doce plantas con cuatro restaurantes, ocho bares, piscinas exteriores e interiores, jacuzzis, gimnasio, Spa, casinos, salas de juegos y música, pista de paddle y baloncesto, biblioteca, bongo, tiendas... ¡Espectacular! Tras el fastuoso tour me llevaron al despacho de mi jefa. Y allí dentro, sentado frente a ella escuchando sus explicaciones a cerca del funcionamiento de la recepción, se me hizo la boca agua imaginándome sentado en su sillón cuando ella acabara su contrato y yo la reemplazara. Al finalizar el bis a bis me sacó de nuevo a la recepción para presentarme oficialmente a los compañeros (y futuros subordinados) que había en aquel momento de guardia, después de lo cual me hicieron la ruta por el área reservada para la tripulación. Abrir una de las puertas en las que se leía



**Abrir una de las puertas en las que se leía “Crew Only” y caérseme el alma a los pies fue todo uno.**

“Crew Only” y caérseme el alma a los pies fue todo uno. Como por arte de magia se esfumaron las paredes marmóreas, las ricas moquetas, el olor a ambientador caro y la dulce musiquilla de fondo. ¡Adiós lujo y bienvenido cutteriol. De aquella especie de inmenso garaje aséptico y limpio como una patena empezaron a salir tripulantes como hormigas de todas partes, vestidos con uniformes diferentes entre montones de carros de maletas y cientos de palets trasladándose de un lado a otro. La llegada al camarote fue lo más duro. Habían conseguido meter en una caja de cerillas dos literas, un armario con dos puertas y un wc-ducha tipo water de avión. Todo en un metro cuadrado sin una triste ventana. Un

prodigio único en la optimización de espacios. Y allí me encontré sentado sobre una de las literas (la peor, que para eso había llegado el último), con la visión de mi maletón que ya ocupaba toda la superficie disponible, conmigo mismo de compañía y a pocas horas de experimentar lo que iba a ser dormir en un ataúd, junto con un tío al que no conocía como compañero de zulo. Pocas veces lo había tenido tan claro en la vida: había llegado a ese mundo para sufrir. Y eso sin tener la más remota idea de lo que se me venía encima. Continuará...

Miguel Elípe



## Choques culturales

*Los hábitos, costumbres y comportamientos más heavies de otras culturas.*

Por Miguel Elípe

Estaría muy bien que alguien recogiera en un libro lo más curioso, las meteduras de pata más habituales o esas sorpresillas desagradables que, al visitar algunos países, podríamos evitar si hubiéramos leído sobre ellas antes de salir.

¿Alguien ha reparado en la destreza que tienen los indios para escupir en la calle? Para muchos es tan habitual, que han llegado a alcanzar niveles muy altos de especialización, tanto por la velocidad como por la rotundidad de los sonidos guturales que emiten. Mi viaje por el sur de India, en el que llevé siempre chancletas, se convirtió en muchos momentos en una carrera de obstáculos para evitarlos... Y tres cuartos de lo mismo me pasó en China, donde también es algo natural hurgarse y sonarse la nariz sin pañuelo, además de otras "aficiones"...

Otro tema curioso son las diferencias culturales a la hora de emplear el lenguaje corporal. En India me dejó descolocado su tercera vía para no decir ni sí ni no con la cabeza. Usan un gesto muy suyo que consiste en moverla de lado a lado de los hombros, con el que consiguen desconcertar a cualquiera.

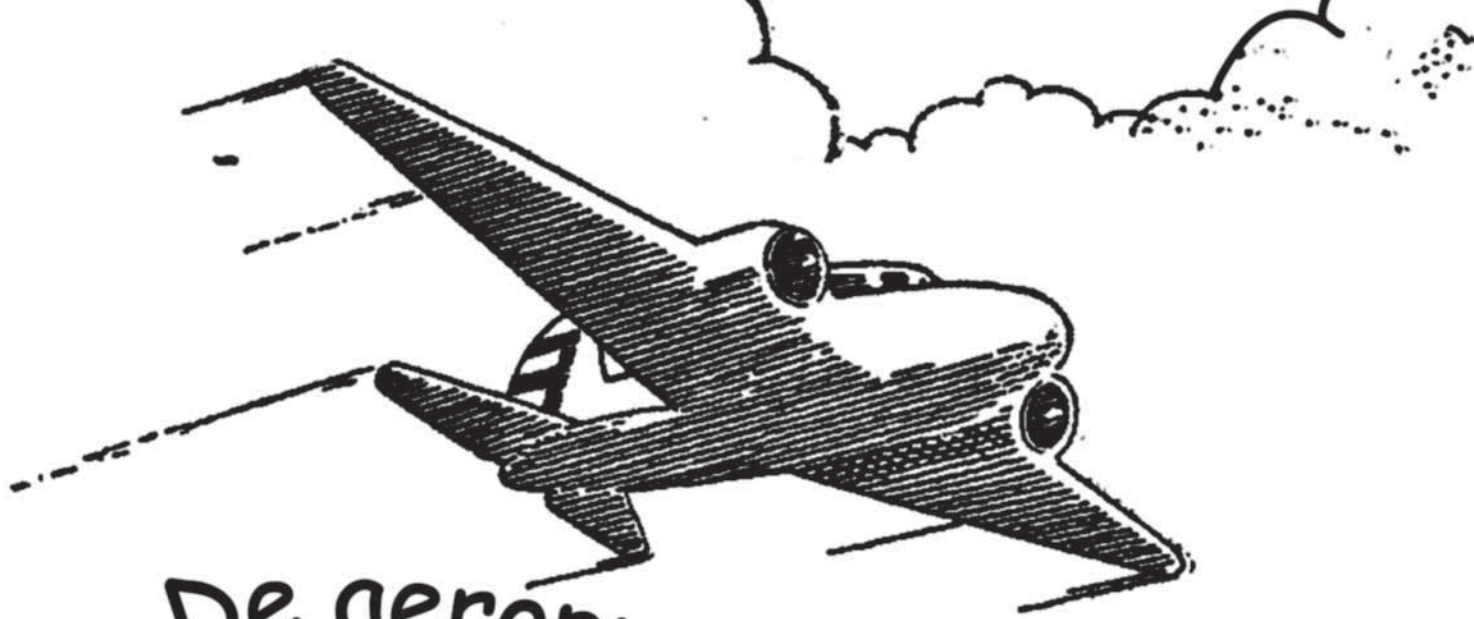
Hay países con costumbres tan distintas a las nuestras que resultan muy chocantes. Por ejemplo, en Japón no es recomenda-

ble ser efusivo con las personas porque les hará sentir muy incómodos. Hay que evitar mirar directamente a los ojos y tocar la espalda, el hombro o dar la mano al saludar a alguien en público. Durante una invitación a comer en una casa en Osaka, mientras me tomaba la sopa tuve la sensación de que había algo que no estaba haciendo del todo bien. Finalmente me di cuenta de que, por cómo sorbían la sopa el resto de comensales, el truco estaba en hacer mucho ruido. Esa es la forma de demostrar que te está gustando y de no hacer un feo a los anfitriones.

Y es que las diferencias culturales afectan a la forma de comportarnos en el día a día de muchas maneras: en cómo nos tocamos, cómo transmitimos emociones, en los gestos, lo que consideramos o no comestible, las normas de cortesía, en la relación entre familia o amigos... hasta en la distancia que mantenemos cuando estamos con alguien. De esto último me di cuenta en EE.UU., donde los norteamericanos guardan una distancia personal mayor que en España cuando hablan entre ellos. Lo hacen porque están acostumbrados a espacios mayores que los nuestros. A veces se sienten incómodos con la forma que tenemos de acercarnos al hablar y eso les puede forzar a retroceder para recuperar su distancia.

A pesar de estas pequeñas grandes diferencias entre unas culturas y otras, los gestos básicos de comunicación los compartimos todas las civilizaciones. Por eso, para salir al paso con buena nota en casi todas las situaciones, basta con echarle un poco de paciencia, imitación y buen rollo. Y si acabamos metiendo la gamba hasta el fondo tampoco es tan grave, porque al final incluso las malas experiencias se reciclan y pasan a formar parte de los grandes éxitos de un buen viaje. Algo de lo que hablar y recordar durante mucho tiempo.





# De aeropuertos y aviones

## Relatos

Relatos

Por Miguel Elipe

Cuando empiezas unas vacaciones, el aeropuerto es el primer sitio que te recuerda que hay un interesantísimo mundo por descubrir. El ding, dong, dang de la megafonía, todas esas ciudades del mundo a golpe de pantalla, el trasiego de gente de todo tipo... Todo rezuma internacionalidad. De no ser porque el viaje suele estar pagado de antemano, a más de uno le habrán entrado ganas de abrir la silla plegable, encender el camping gas y echar el día en mitad del aeropuerto alcahueteando todo lo que pasa.

Superados los farragosos trámites de facturación y control policial, viene lo bueno con el parque temático *duty free*. Salvo que uno vaya con mucha prisa, es incomprensible que haya personas que no sientan la poderosa tentación de entrar veinte veces en todas las tiendas para probar las mil colonias y ojear todas las revistas, incluidas las de bricolaje y punto de cruz. No hacerlo, igual que no birlar en un hotel los jaboncillos del carrito de la señora de la limpieza, es como estar un poquito muerto en vida.

Conforme se acerca la hora del toque de queda para que salga el avión, sentarte en la sala de espera da para mucho monólogo interno:

-"¿Dónde vivirá esa de ahí al lado? ¿De dónde saldrá ese con la pinta que luce? ¿Quién me tocará de vecino de asiento?..."

El despegue es un momento estupendo para relativizar los problemas, poniendo una distancia física y emocional muy sana para la mente. Aunque el cerebro, que a veces nos trata muy malamente, te la puede pegar en cualquier momento con preguntas no demasiado apropiadas para la ocasión:

-"¿Qué es lo que hará que esto se mantenga en el aire sin caerse? ¡Qué poquitas probabilidades de supervivencia tengo si cae en picado! Anda que si ahora se rompe la ventanilla, la hemos liado de verdad..."

Después de un rato, por puro aburrimiento o mero cansancio, acabas calmando tu mente y te centras en conseguir una postura mínimamente digna para un cuerpo empalado en una distancia de menos de 60 centímetros entre asiento y asiento.

El principio del fin del martirio llega con el anuncio del capitán de que el avión está aproximándose a su destino. Éste es casi el final, porque cuando el avión se para em-

piezan a ocurrir cosas sobre las que nadie sabe darte una explicación razonable:

-"¿Por qué levantarse, abrir los maleteros y coger las maletas se convierte en cuestión de vida o muerte para todo el mundo si nadie puede avanzar ni retroceder? ¿Por qué es indiferente que te sientes en los primeros o en los últimos asientos si la salida del avión siempre se hará por la puerta más alejada de donde estás sentado? ¿Por qué cuanto más cansado estás más probabilidades hay de que te toque la pesadilla del bus en lugar de un finger de ensueño?"

Y por último, para que no bajes la guardia demasiado, no vaya a ser que te relajés, tienes bastantes papeletas de pasar por una, otra o dos de las siguientes situaciones: quedarte con cara de póquer porque de la cinta salen todas las maletas menos la tuya, y/o ser sometido a una buena sesión de CSI de los agentes de aduanas de turno para terminar de alegrarte el viaje.

A pesar de todo, consuélate porque aún podría pasarte algo peor, como por ejemplo no tener la oportunidad de vivir estas cosas nunca.